



www.loqueleo.es

© Del texto: 2024, Beatriz Giménez de Ory.

Autora representada por Tormenta. www.tormentallibros.com

© De las ilustraciones: 2024, Marta Sevilla

© De esta edición:

2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-573-7

Depósito legal: M-26510-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA EXTRAORDINARIA BIBLIOTECA DE FEATHERSVILLE

Beatriz Giménez de Ory

Ilustraciones de Marta Sevilla

loqueleg

Se necesita bibliotecario

La señora Andrómaca Albis era bibliotecaria en el pequeño pueblo de Feathersville. Llevaba trabajando más de cuarenta años, por lo que ya estaba pensando en jubilarse. Escribió un cartel con su letra primorosa y lo colgó en el portón de entrada:

7

Se necesita bibliotecario.

Pero no podía dejar su biblioteca en manos de cualquiera: los aspirantes al puesto tendrían que superar, antes que nada, una entrevista. Así hizo ella misma cuando era una jovencita que llevaba trenzas.

Casi al final de la tarde llegó el primer candidato. Era un muchacho pelirrojo que le estrechó la mano vigorosamente.

—Encantado de conocerla. Soy Michael Doubleness, pero puede llamarme Mickey.

8 —Tome asiento, señor Doubleness, y dígame: ¿qué clase de libros lee usted?

El joven se revolvió, incómodo, en su asiento:

—¿Cómo dice?

—¿Tiene usted algún libro en casa?

—Oh, sí. ¡Tengo dos! Uno debajo de la mesa de la cocina, que estaba coja. El otro es la guía de teléfonos. La regala el ayuntamiento todos los años.

La señora Albis le miró durante unos segundos por encima de sus gafas.

—Ya veo. Mucho me temo, señor Doubleness, que no es usted la persona indicada para este trabajo.

Como el entrevistado no se movía de la silla, carraspeó un par de veces y le animó a irse:

—Que pase usted buena tarde.

Entró después un hombre robusto y sudoroso que dijo llamarse señor Tippismith.

—Siéntese, por favor. Señor Tippismith: ¿su apellido se escribe con una o con dos pes? 9

El hombre resopló y contestó desdeñosamente:

—Qué más dará, mujer, una letra arriba o abajo... Escríbalo como mejor le parezca.

—De ninguna manera —protestó la señora Albis—. Lo escribiré solamente como sea correcto.

—Si le digo que con una pe, ¿me dará usted el trabajo?

—No, señor.

—Pues entonces, póngalo con dos.

—De acuerdo. —La señora Albis apuntó el nombre en su agenda—. Ya está.

—¿Ya está? ¿Estoy contratado?

—Me temo, señor Tippismith, que no nos estamos entendiendo.

—¡Le-pre-gun-to-si-es-toy-con-tra-ta-do! —contestó el hombre, silabeando y casi a gritos.

10 —De ninguna manera.

—¿Eso significa que no?

—Eso significa que no.

—¡Solo porque mi apellido se escribe con dos pes!

—Créame, no tiene nada que ver con cómo se llame usted, sino con...

Pero el señor Tippismith no le dejó terminar la frase. Se levantó y vociferó groseramente:

—¡Es la entrevista de trabajo más ridícula que me han hecho nunca!

Salió, empujando con tanta fuerza el portón de la entrada que temblaron los cristales



de los ventanales y hasta los libros parecieron estremecerse en sus estantes.

12 La señora Albis necesitó unos minutos para serenarse. Respiró profundamente e hizo pasar a la tercera aspirante. Se trataba de una mujer menuda y agitada que se peinaba el pelo en un moño muy tirante.

—¿Por qué está usted interesada en el puesto, señora Handkerchief?

—Bien, seguro que se ha dado cuenta, a primera vista, de que..., de que soy, soy... ¡tremendamente nerviosa! El médico me ha recomendado un entorno tranquilo, y que haga labores de costura. Aquí podría coser estupendamente, hay mucha luz.

—Pero, señora Handkerchief..., se supone que debe usted atender a los lectores, y...

—¡Ni lo sueñe! —contestó, guiñando los dos ojos frenéticamente—. ¿No se ha fijado usted en la gasolinera del cruce? Han puesto

un letrero de «Sírvese usted mismo». Algo así tengo pensado yo para un sitio como este. Podría bordar un letrero así, solo que en punto de cruz: «Sírvese usted mismo».

—Me temo que sus..., ejem..., expectativas no coinciden con lo que yo tengo pensado para un sitio como este, señora Handkerchief.

13

Andrómaca Albis acompañó amablemente a la señora Handkerchief hasta la salida. No había nadie más esperando para ser entrevistado. Exhaló un pequeño suspiro. Tal vez debería anunciar *Se busca bibliotecario* en el periódico. De esa manera lo vería mucha más gente. Quién sabe si así lo leería *la persona precisa*.

Volvió a la enorme sala de lectura. Regó sus begonias, descorrió las cortinas y apagó las luces. Justo cuando se disponía a marcharse a casa, oyó una vocecilla a sus espaldas:

—Esto... He venido por lo del puesto de bibliotecaria.